

EL PORVEJIR DEL OBRERO

En todas partes

Los enemigos del bienestar de los trabajadores se afanan principalmente por sembrar entre estos la división, ya sea por medio de rivalidades en los oficios, ó presentando competencias de nación á nación y de una comarca contra otra, á fin de que los obreros manteniéndose desunidos se dejen explotar con mayor facilidad.

Aquí dicen los políticos de mala fé que el obrero debe sostener las industrias trabajando barato, ganando poco, es decir, á fuerza de hambre, para contrarrestar la competencia de los trabajadores mallorquines. Oyendo á esos políticos cualquiera podría creer que en la isla vecina reina la prosperidad gracias á que los trabajadores son pacíficos y resignados. Sin embargo, la realidad es todo lo contrario; los obreros de Mallorca sufren los mismos males sociales que los de aquí, como puede verse por los siguientes párrafos que copiamos de *El Obrero Balear*:

«Los trabajadores mallorquines no podemos ser sordos al llamamiento de nuestros hermanos del continente. Quizá sea Mallorca la región española en que más desequilibrado está el jornal medio que percibimos los asalariados, con el coste de los artículos de primera necesidad y en consecuencia más obligados que nadie estamos á secundar todo movimiento que tienda á conseguir la elevación de salarios y la baja de los comestibles y de todo aquello que es de necesidad para la vida.

»No es necesario esforzarse mucho para demostrar que la alimentación de la clase obrera es insuficiente de todo punto para conservar las fuerzas del individuo, por ser cosa que en todos los hogares proletarios se demuestra cada día, de modo harto elocuente por desgracia. ¿En qué familia obrera no resulta un problema de los más pavorosos el tener que subvenir á las necesidades de toda la semana, con la exigüa cantidad que se aporta los sábados, como remuneración de seis días de trabajo?

»Y de que esto no son lamentaciones sentimentales, testimonio de mayor excepción es la clase médica, que por los especiales servicios que presta está en condiciones de comprobar diariamente nuestra aseveración.

»De cien casos de enfermedad en la casa del pobre, 75 por lo menos son debidos á la escasez de alimentos que puede proporcionarse. Este aserto todos lo hemos comprobado. La mayor parte de veces que un facultativo visita á un enfermo de nuestra clase, su prescripción es casi invariablemente la de: «Buenos alimentos y cuidado con el exceso de trabajo.» ¡Justamente lo contrario de lo que puede hacer! ¿Cómo atender á lo que prescribe el doctor, cuando se carece de toda clase de recursos? Si cuando podemos trabajar ya no nos es dable alimentarnos como es debido, ¿cómo va á ser posible que estando enfermos lo consigamos?

El mismo periódico, reseñando un mitin obrero que tuvo lugar en Manacor, pone en

boca de uno de los oradores estas palabras:

«Leída ésta, puso de relieve el estado miserable en que se encuentra la clase obrera, por la escasez de medios de vida con que cuenta.

»No es posible, dice, el no tener una vida desesperada si no se abaratan los artículos de primera necesidad; se hace necesario no tan sólo el abaratamiento de las subsistencias sino el que se aumenten los jornales; no es posible la vida en España por ser la nación que menos cuida de atender á las necesidades de los ciudadanos haciendo caso omiso del hambre que sufrimos y de la explotación que sobrellevamos.

Esa es la táctica burguesa: á los trabajadores de aquí se les amenaza con la competencia de los mallorquines, al mismo tiempo que á los de Mallorca se les amenaza con la competencia de los obreros mahoneses, para de este modo mantenerlos en perpetua rivalidad, que aprovecha la burguesía para matarlos de hambre á todos.

Lo mismo sucede en todos los países: los burgueses buscan su enriquecimiento por medio del trabajo de los obreros, pagándoles lo menos posible por este trabajo. Las industrias que producen las grandes fortunas de los capitalistas, apenas dan para mal comer á los trabajadores, y esto de una manera irregular, insegura, mientras dura la prosperidad y el trabajador es joven y útil para el trabajo; porque cuando sobreviene una crisis, entonces el capitalista retira sus ganancias y el obrero tiene que sufrir la miseria más espantosa, si antes no le ha llevado á ese extremo una enfermedad ó la vejez adelantada por el exceso de trabajo y las continuas privaciones.

Para el capitalista son todas las ventajas; para el trabajador todos los inconvenientes y peligros. Ese es el sistema económico que nos rige y que quieren conservar á toda costa los políticos burgueses. Porque le combatimos, porque queremos sustituirlo con otra organización social más justa y humana, hemos de sufrir toda clase de persecuciones.

¿Es que los trabajadores no tienen derecho á la vida? El régimen capitalista se lo niega desde el momento que hace depender su vida del mísero salario con que remunera su trabajo, trabajo y salario que no les asegura, sino que hace depender de contingencias y de combinaciones, de crisis que á veces los mismos burgueses provocan para poder comprar el trabajo de los obreros á más bajo precio.

Solamente la revolución social, derribando el funesto reinado del capitalismo, podrá poner término definitivo á los males de los trabajadores. Entretanto, la única arma que estos pueden utilizar para su defensa es la lucha económica, cuya principal forma de acción son las huelgas realizadas con oportunidad y energía. Es por esto que los burgueses egoistas y los políticos malvados com-

baten las huelgas con tanto furor, porque saben que son el principal instrumento que tienen los trabajadores para su defensa; ellos querrían que los trabajadores fuesen humildes, pacientes, resignados, para poder explotarlos mejor y elevarse á su costa.

Es por esto también que procuran sembrar rivalidades entre los trabajadores de los diversos países. Mientras los trabajadores vivan desunidos y aislados, serán débiles y sus explotadores podrán manejarlos á voluntad, podrán engañarles con la política y enriquecerse á costa de ellos. Cuando los trabajadores comprendan lo que les conviene y sepan unirse por encima de las fronteras, entonces el sistema capitalista habrá terminado y será posible el bienestar de todos sobre la tierra.

El trabajador español tiene los mismos intereses y es víctima de los mismos males que el francés, el ruso, el americano, etc. Todos forman la gran familia humana, sujeta á la misma esclavitud económica. No es en la competencia de unos trabajadores contra otros donde está la salvación, sino al contrario, la salvación está en suprimir toda competencia, entendiéndose, concertándose todos los trabajadores de todos los países contra el enemigo común, ó sea, contra los acaparadores de la riqueza social y contra los malos pastores de la política.

La salvación está en la fraternidad de todos los pueblos que los capitalistas ambiciosos y los gobernantes de las naciones estorban por todos los medios. Capitalistas y gobernantes promueven por ambición las guerras sangrientas en que los hijos del pueblo son asesinados por las armas, y las competencias económicas en que los hijos del pueblo son asesinados por el hambre.

No es nuestro enemigo el trabajador que vive oprimido en otra comarca ó nación; el enemigo es el tirano que á todos nos sacrifica.

¿Cuándo comprenderán esto los trabajadores?

La partida

Obscurísima la estrellada noche. Masa negruzca flotaba en el líquido elemento, parecida á enorme animal antidiluviano que reposara de sus combates diurnos. Silencioso de humano ruido, el puerto semejava inmensa llanura de las pampas argentinas en plena noche, y á no ser por el ondulante acompasado movimiento que el agua imprimía al bote en que iba, cualquiera hubiera creído estar en el desierto. Oíase únicamente el chapoteo de los remos al chocar con el agua, y este ruido era tan tenue, tan amortiguado, que parecía monótono lamento de algún ser salido del fangoso abismo.

Una niebla negra, densa, invadió el ambiente. Era el humo que á borbotones arrojaba por sus chimeneas el mónstruo paleon-

tológico. A mis oídos llegaban confusamente las armoniosas notas de un piano y algo así como un lamento en forma de canto.

Dirigíme hacia allí. Cerca ya, pude admirar la esbelta arrogante forma del trasatlántico italiano «Regina Marguerita». En su alta proa hormigueaba multitud de negras formas. De entre el vocerío que de ellas surgía, llegaba á mis tímpanos el doliente canto citado, y paréme á escucharlo. Efectivamente; aquel canto era más bien un lamento, un adiós de despedida al terruño, triste, quejumbroso, entonado por femenil voz en dialecto napolitano.

Por un momento, cuando más vibrante era, paró como por encanto el vocerío de aquellas sombras, cual si lo escucharan atentas y al finalizar, con terminación de lloros, estallaron potentes increpaciones, maldiciones justísimas, blasfemias mil. ¡Comprendí! Aquello era la nota síntesis de la emigración. Todas aquellas sombras huían de la tierra que las vió nacer, faltos de pan, faltos de todo. ¡Abandonaban su patria! esta patria tan ensalzada por poetas cursis y prosistas satisfechos; una patria que les negaba la vida, que los hacía morir de hambre. ¿Dónde iban? En busca de otra en la que vislumbraban una débil esperanza de alivio, de otra patria extraña que acabará por absorberlos del todo.

¡Todas las patrias son tiranas, propias ó extrañas!

¡En todas ellas, el proletario está condenado á sufrir!

¡Todas ellas son la cadena que remacha la esclavitud del paria!

Otra vez este Moloch, pensé; y alejéme de allí entristecido.

En la popa del barco claridad insólita. De los salones salía á torrentes la luz eléctrica y también las notas del piano. En aquel momento eran alegres, vivaces, arrebatadoras, contrastando con las dolientes notas de aquel otro sér de proa. En esta todo era obscuridad. ¡Tinieblas y luz! ¡Misericordia y abundancia! ¡Siempre la desigualdad imperando en la faz de la tierra!

Mucha alegría debía reinar en aquellos lujosos bien iluminados salones de primera clase, á juzgar por los taponazos ruidosos del champagne que se oían mezclados con femeninas risas. Hombrunas voces coreaban estas últimas. Los dedos del pianista ó de la pianista, pues desde mi bote no veía á nadie, atacaron briosamente la marcha real italiana, escuchada, al igual que en la proa aquel lamento, con fervoroso silencio, pero terminada muy distintamente. Los vivas á Italia, á la patria italiana que dejaban atrás, sucedieron frágilmente entre risotadas de satisfechos. En la proa todo era silencio y sólo al extinguirse la marcha patriótica oyéronse claramente agudos silbidos. Era la protesta de los hambrientos á tanto insulto.

El cetáceo de humana obra, se impacientaba. El humo salía más denso, más negro, de sus fauces. Ruidos y trepidaciones de sus entrañas de hierro y acero, llegaban hasta mí; conocíase, adivinábase la próxima marcha y esperé.

Silbidos de mando primero, el chirriar de las máquinas después y el roce de la cadena que sujetaba el ancla que iba perdiendo fondo oyóse enseguida. Mujieron las aguas á popa y el cetáceo avanzó lentamente, acrecentando por momentos este avance, hasta encontrarse entre puntas, deslizándose ya á todo vapor.

Por unos momentos seguí ansioso, oprimido el corazón, mientras la distancia iba empequeñeciéndolo á mis ojos; luego... la escollera me lo ocultó por completo y nada más...

Salud en tu viaje, engendro de la actual inteligencia, monstruo en cuyo seno van depositados, en confusión espantosa, sufrimientos y mercancía, hambrientos y portentos de la ciencia, satisfechos y gente anémica, electricidad y miseria, esperanzas y lágrimas, sedas y harapos, indiferentes ma-

rinós y labriegos en busca de pan; todos, toda la síntesis, la muestra de la organización de la actual infame y desnaturalizada sociedad.

Salud vosotros, proletarios infelices que emigrais á lejanas tierras que serán vuestra tumba. Al acordaros de los séres que atrás dejáis, recordad también que vuestra patria os expulsó cual perros, que vuestras maldiciones tienen que hacer coro á otras maldiciones y que un día, tal vez no lejano, tendremos que borrar del mapa *civilizado* todas esas patrias mezquinas que nos ahogan y aplastan ¡Recordadlo!

JOSÉ PRAT.

¡Pobre Obrero!

Si el patrono trata de hacer economías, el obrero es el pagano; si el político quiere elevarse al nivel social á que aspira, al primero que recurre es al obrero; si los gobiernos aumentan impuestos, los burgueses aumentan también los precios de los artículos de primera necesidad y como quiera que el obrero no posee nada y todo lo ha de comprar á precio de dinero ganado á costa de sudor copioso, él es el que lo paga y lo sensible es que sin el obrero nadie puede enriquecerse ni vivir.

El mueve las máquinas, cultiva los campos, fabrica todo cuanto existe; sin sus esfuerzos nada tiene vida y en pago de tanto sacrificio, le condenan á forzoso ayuno.

A un conde, marqués, banquero, propietario ó comerciante le salen mal sus negocios, recurre con habilidad á sus colegas y éstos, por evitar una vergüenza, le auxilian en cuanto pueden y le salvan de la angustiosa situación. En cambio á un obrero rodeado de familia, falto de recursos, postrado en el lecho del dolor y con esperanzas de devolver el importe de lo que pueda facilitársele á cambio de trabajo, que es cuanto posee, nadie le ofrece una insignificante cantidad para que salga del apuro, antes por el contrario, parecen alegrarse de su mal.

¿Qué sería del propietario, del político, del industrial, si el obrero se cruzara de brazos y no acudiera al trabajo por espacio de algún tiempo? ¿Qué capital por crecido que sea podría resistir ante un paro general? Ninguno, aunque traten de demostrar lo contrario.

Dice el capitalista:—Yo poseo el dinero y con él como y vivo. Si el obrero tuviera conocimientos contestaría á tales palabras:—Yo poseo los brazos que han de mover las máquinas, que han de sembrar los campos, que han de fabricar en los talleres y sin ellos no hay vida posible. ¿Quién saldrá más beneficioso? El capitalista posee el dinero, es cierto, pero como quiera que el dinero no se digiere y si el pan que fabrica el panadero, después de haberlo sembrado y recolectado el agricultor y haber pasado por las manos del molinero, por tal motivo el banquero, que no sabe lo que es el trabajo pesado, levanta su voz potente desafiando siempre al infeliz obrero que, apesar de permanecer en el trabajo constantemente, apenas puede comer.

El banquero no sabe más que *negociar* con el trabajo ajeno; sin ese *negocio* no serían posibles las grandes fortunas; el obrero, pertenezca al oficio que se quiera, necesita de sus compañeros, puesto que sin ellos no puede vivir.

Son compañeros del zapatero por ejemplo: el curtidor, el fabricante de clavos, el minero que extrae el mineral del corazón de la tierra para que se fabriquen clavos, el matarife, el pastor que guarda el ganado, el agricultor que siembra el cáñamo con que ha de coser el calzado y todos cuantos intervienen en las materias que se invierten para curtir las pieles.

Compañeros del albañil, son el carpintero que labra maderas, el cerrajero que fabrica rejas, balcones, clavos y demás artículos de hierro, el minero que extrae el yeso para

construir, el que corta la leña, el cantero que labra la piedra, el pintor, el que fabrica los barnices y el papel, el alfarero y otros.

En ninguno de los oficios vemos necesario al banquero, al cura, al rey, al militar, al político, al juez, al abogado, al título, ni otros que sería prolijo enumerar, los cuales por su ambición se hacen enemigos del obrero.

Si este conociera sus conveniencias no trabajaría para ellos, sino para sí mismo, ó sea para sus propios compañeros que son los que le han de ayudar en todos los actos de la vida.

Después de pensado lo que antecede, debe decir el obrero ¿Cómo he de hacer traición á mis compañeros? ¿Por qué? No, antes al contrario, debo unirme á ellos y luchar por la emancipación social, que es á lo que tienden las ideas societarias. Esto es lo que corresponde.

JOSÉ SANJUAN

El paraíso vendido

Un pastor americano de los más piadosos, el reverendo Abner W. Smith, soñó el otro día cosas asombrosas.

Se creía muerto; su alma levantó el vuelo y, después de atravesar el río del olvido, se encontró á las puertas del cielo. San Pedro le hizo entrar en el celestial recinto, pero las primeras palabras que le dirigió fueron para aconsejarle que no se tratase con los ángeles perezosos y sin trabajo.

—¿Cómo, exclamó el nuevo ciudadano del más allá, no estamos en el cielo?

—Sí, respondió San Pedro, pero esto no quita que tengamos aquí arriba una porción de ángeles indignos y perezosos.

—¿Cómo es ésto? dijo el pastor; yo creía que en el cielo cada uno tenía de qué vivir.

—Ah! esto era en tiempos pasados, explicó el santo, pero desde que hemos introducido en el cielo el mismo derecho de propiedad que existe en los países civilizados, todo ha cambiado.

Luego San Pedro aconsejó al pastor que buscase alojamiento; este respondió.

—Alojamiento? Lo que yo deseo es dormir en uno de los maravillosos jardines celestiales.

—No te lo aconsejo, exclamó el santo; tendrías que ver con el angel propietario del terreno. Mira, en cada bosquecillo hay unos carteles: *Propiedad particular* y *No se permite la entrada*. Como ya te dije, hemos introducido aquí, desde hace algunos siglos, la propiedad del suelo celeste, que ha sido dividido y cada parte es una propiedad particular en toda regla.

—Espero que se tendría en cuenta mi existencia cuando se hizo la partición, dijo el pastor Smith.

—No, respondió San Pedro, no se ocuparon de vosotros los que aun no habíais nacido. Pero si os ponéis á trabajar y sois económicos, reuniréis fácilmente en algunas centenas de años un peculio suficiente para adquirir un trozo de terreno de los cielos, en el que podréis edificar una casa á vuestro gusto. Ahora quiero darte un consejo: recibirás enseguida dos alas de oro, que podrás hipotecar fácilmente y con el dinero podrás pagar el hospedaje hasta que encuentres trabajo. De todos modos, apresúrate á buscarlo; la población del cielo aumenta de continuo y hay más brazos de los que hacen falta.

—Pero qué he de hacer?

—Nuestras principales industrias son la fabricación de arpas y de coronas, luego el cultivo de flores, explicó San Pedro.

—Bueno, dijo el pastor, yo adoro las flores; veo allá abajo un hermoso terreno que nadie utiliza; voy á plantar rosas.

—Alto ahí! dijo el apóstol, este terreno pertenece á un ángel; es un muchacho diligente y previsor, que se ha enriquecido especulando sobre los terrenos y ahora espera para vender los que aun le quedan que los

precios suban más todavía. Si quieres trabajar en ese terreno será necesario que lo compres, y por el momento no te lo querrán vender.

El pastor se internó, viendo las calles de la ciudad celeste llenas de ángeles desesperados que habían empeñado ó vendido sus alas de oro, y que entonces eran perseguidos por vagabundos.

El reverendo Abner W. Smith despertó. De primera impresión, este sueño le pareció muy ridículo; pero luego reflexionando comprendió que la brisa embalsamada, el calor del sol, la vegetación más abundante, no podrán impedir la miseria, ni en el cielo, mientras el suelo esté acaparado por unos pocos.

(Traducido del alemán por «Le Reveil» de Ginebra)

Tradición funesta

Al anoecer saliendo del trabajo, tropecé con grupos de mujeres que con sus niños al lado recorrían la feria y visitaban los bazares.

Mi vista se posaba también maquinalmente sobre los grandes aparadores donde, colocados de modo llamativo, había miles de caprichosos juguetes. Así mismo en el interior del establecimiento aparecían á montones. Había objetos al alcance de todas las fortunas, desde el juguete de subido coste con sus complicaciones mecánicas, hasta la trompetilla de diez céntimos.

Los visitantes se contaban por miles, en su mayoría mujeres, confundiendo entre los grupos la encofetada dama con la infeliz obrera. La sencilla falda de percal rozaba el fino y rico abrigo de la gran burguesa y de la insinuante cocotte.

Una tradicional fiesta había reunido á todas aquellas mujeres de tan distinta posición, transparentándose en todos los semblantes el mismo afán, igual impulso.

Todas eran madres, todas amaban á sus hijos y, siendo víspera de la fiesta de los Reyes, se desvivían por adquirir objetos con que engañar á los niños haciéndoles creer que la magnificencia de aquellos les hacía merced de tantos regalos.

En muchos establecimientos se veía un monigote con un buzón en que los niños podían echar sus cartas dirigidas á los mismos Reyes pidiendo el juguete de su predilección. El afán que me empuja siempre á estudiar el estado intelectual de la mujer me hizo entrar en el bazar, confundíendome con aquellas madres que fijaban alegres sus miradas en todos los objetos sin que les perturbara el ver que algunas señoras daban por un juguete lo que á ellas faltaba durante el año para alimentar, vestir y calzar á sus hijos. No se apercebían de tales pequeñeces. Alegraban su vista con tantas cosas hermosas, luego se dirigían á lo baratillo y compraban.

Ninguna ví que pidiese libros ó comprase objetos instructivos. Mostraban su predilección por los fusiles, sables, tambores, pistolas, caballos, gorras de uniforme. Con los brazos cruzados seguía el movimiento de aquellas almas raquílicas que sonreían satisfechas de poseer algún símbolo de la mantanza humana. ¡Pobres niños, exclamaba yo, que desgraciados sois al deber la vida á mujeres tan inconscientes!

Salí amargamente impresionada.

Por todas partes veía el mismo bullicio y la misma predilección por los fusiles, sables, látigos, caballos, trompetas y tambores.

Al llegar á mi casa todavía me amargaba la triste idea que había formado de aquellas madres, y bajo la impresión de lo que había visto me dormí... Soñé descompasados toques de cornetas, el furioso redoblar de los tambores y el salvaje galopar de los caballos. A mi vista se aparecían miles y miles de jóvenes polvorientos y fatigados. Oí terribles truenos é incesantes descargas de fusil levantando espesa nube... Despejada la humareda, ví una extensa llanura cubierta de cuerpos ensangrentados, miembros

mutilados, cráneos destrozados; en la confusión de aquellos destrozos humanos veía moverse alguna mano en señal de socorro, y entre los ayes de dolor que salían del fondo de aquellos agónicos pechos se oía el dulce nombre de ¡madre! ¡madre mía!

...Parecióme que nuevos redobles de tambores resonaban en el espacio, las cornetas volvieron á sonar con furia; muchos hombres, no tantos como la primera vez, pasaban con sus vestidos ensangrentados, extenuados por la fatiga, la sed y el hambre. Era tan precipitada la marcha que muchos caían desplomados, y allí quedaban, pues sus compañeros no podían ni tenían con qué socorrerles.

Después se me aparecieron grandes embarcaciones transportando un ejército de seres que parecían cadáveres con traje de rayadillo. Ví andar aquellas embarcaciones junto á un extenso muelle, en que aguardaba una multitud apiñada, compuesta en su mayoría de madres afanosas por abrazar á sus hijos. El espectáculo era espantoso, desgarrador. Las madres no reconocían á sus hijos. El robusto joven de ayer, conservaba solamente la imagen huesosa. Todos lloraban. Muchas madres aguardaban en vano. Sus hijos no volverían más.

Entonces fijé mi atención sobre aquellas mujeres y las recordé. Eran las mismas que había visto en el bazar comprando fusiles, sables, trompetas, caballos y tambores para engañar á sus hijos diciéndoles que los Reyes les traían aquellos juguetes. Aquellas madres que entonces reían, ahora lloran, lo que entonces les producía contento, ahora es la causa de su dolor.

Llorosas en el muelle están las del vestido de percal, solas con su pena; ya no se confunden con la dama encofetada, con la elegante burguesa y con la insinuante cocotte.

Siguieron, inconscientes, una tradición funesta y la tradición representada por los juguetes que dieron á sus niños, les arrebató á esos mismos niños más tarde para llevarlos á morir en defensa de todas las maldades tradicionales. Amarga es para todos la consecuencia de su ignorancia.

TERESA CLARAMUNT

Extensión Universitaria

El abogado D. Pedro Ballester trató el sábado del *derecho de propiedad*, principiando por decir que por ley natural el hombre, como todos los seres vivos, ha de apropiarse aquellas cosas que necesita para su vida y desarrollo.

Lejos de ser esto una defensa de la propiedad individual que se halla establecida en la costumbre y en los códigos, constituye, según nuestro parecer, la condenación más terminante, porque con el acaparamiento de la riqueza social en manos de los privilegiados se impide precisamente á la mayoría de los hombres el que puedan apropiarse lo que necesitan para vivir, esto es, se les priva de un derecho que por ley natural les corresponde.

El ejercicio de este derecho igual para todos los hombres pudo ser irrealizable prácticamente, según el conferenciante, en épocas en que la escasez de producción y la dificultad de las comunicaciones ocasionaban frecuentes faltas de productos, dando lugar á los acaparamientos realizados por los fuertes en contra de los débiles. A legitimar esas usurpaciones vinieron las leyes, que se conservan todavía y á pesar del progreso de los tiempos. De hecho, solamente se ha borrado de los códigos la propiedad sobre las personas, ó sea, la esclavitud.

La definición de la propiedad que dá

nuestro código vigente autoriza al propietario al uso y al abuso, hasta á destruir las cosas. Sin embargo, en los tiempos modernos se han introducido algunas modificaciones, como las referentes á minas, cuya propiedad concede el Estado al que quiera explotarla indemnizando al dueño del terreno ocupado. También debe considerarse como limitación de la propiedad la expropiación forzosa por causa de utilidad pública, previa indemnización al propietario.

Luego explicó la clasificación de los bienes en muebles é inmuebles; la accesión, ó sea el derecho á todo lo que los bienes producen ó se les une; el derecho al deslinde; las leyes que tratan de las aguas corrientes, minas y canteras; la propiedad intelectual y la industrial; la posesión que permite el disfrute sin presuponer la propiedad; el usufructo, el uso y el derecho de habitación; las servidumbres entre particulares ó impuestas por el Estado.

El señor Ballester cree que debe modificarse el actual régimen de la propiedad, para lo cual las leyes debieran tender, por de pronto: al fomento de la producción, privando de sus bienes al que no los administre bien; y á la mejor distribución de los productos, evitando los acaparamientos.

Refiriéndose á lo porvenir dijo, según copiamos de *El Liberal*, que «es necesario que las leyes, además de fomentar la producción, vayan socavando los cimientos de ese vetusto edificio que se llama *propiedad privada*; y, así como todos pueden explotar el mar y el subsuelo, podemos esperar que una forma jurídica superior de posesión de la tierra y las máquinas, nos pondrá á todos en condiciones de vivir, en pacífica solidaridad, una más dichosa vida.»

Comentando ese último párrafo, *El Liberal* supone que el conferenciante «más piensa en que todos sean algo propietarios, que no en la propiedad de uno sólo», refiriéndose al Estado como «amo absoluto de cosas y personas».

Desde luego, ese concepto del Estado nos parece atentatorio á la libertad y á la dignidad humanas, y de ninguna manera conforme con las ideas expuestas por el señor Ballester. Pero tampoco creemos posible que «todos sean algo propietarios» dentro del actual régimen. La división de la tierra en pequeños trozos ó el reparto de acciones ó de dinero, nos parece absolutamente utópico, además de completamente estéril para el bienestar de los hombres.

Las palabras del señor Ballester: «una forma superior de posesión de la tierra y las máquinas» sólo puede referirse á una organización social en que siendo colectiva ó común la posesión de los instrumentos del trabajo (tierras, máquinas, minas, etc.) se produzca por el esfuerzo de todos lo que para el bienestar de todos sea necesario, según la fórmula tan conocida: Cada uno según sus fuerzas; á cada uno según sus necesidades.

Sólo de esta manera será posible vivir una vida dichosa en pacífica solidaridad y respetando el derecho natural que tienen todos los hombres de apropiarse lo que necesitan para su vida y desarrollo.

No creemos, empero, que al ideal expuesto por el señor Ballester pueda llegarse por

medio de reformas legislativas. Las leyes son dictadas en cada país por la clase dominante y la burguesía no será capaz de legislar en contra de sus intereses políticos ni de sus privilegios económicos.

* * *
Mañana el farmacéutico D. Pedro Gavián dará su segunda conferencia sobre *Alimentos y bebidas*.

Un caso reciente

Por más que ciertos políticos pongan empeño en negar lo evidente, lo cierto es que la competencia ruinosa entre los maestros zapateros constituye un gravísimo peligro para la industria del calzado.

Peligro, en primer término, para los obreros, que así ganan menos con el mismo trabajo; peligro también para los maestros, que cada día se ven precisados á reducir, hasta que se llegará, sino se remedia, á lo imposible para unos y para otros.

En estos días ha ocurrido un caso, cuya víctima ha sido precisamente uno de los maestros amigos de *El Liberal*, el señor Sintés Pascuchi, que venía confeccionando una clase de calzado pagando la mano de obra á 3'25 ptas. por par. Pues bien, otro maestro que no tenemos para qué nombrar, le ha sustraído el trabajo, ofreciendo á la casa compradora el mismo calzado por un precio inferior y contando con rebajar el precio de la mano de obra á sus operarios, como efectivamente lo ha hecho, de modo que estos por el mismo trabajo que cobraban 3'25 pesetas, cobran ahora 2'75 ptas.

Si los operarios estuviesen unidos y supieran obrar conforme á sus conveniencias, no se hubiera podido realizar ese abuso, que perjudica á los operarios, á los maestros y á la industria en general, rebajando los precios del calzado mahónés sin necesidad, puesto que la casa compradora estaba conforme con los precios del señor Sintés Pascuchi, y hubiera continuado proveyéndose del calzado de su fabricación, si no se hubiese presentado el otro maestro, aprovechando el actual estado de crisis para obrar en perjuicio de todos.

Esas son las consecuencias de la desunión que los políticos fomentan entre los trabajadores, y también de las competencias entre los maestros, de que nosotros hemos protestado, porque creemos que por este camino se va á la ruina de la industria y se lleva el hambre á la casa del obrero.

La salvación de los obreros está en la unión y en saber obrar con oportunidad y energía. No nos cansaremos de repetirlo.

La Revolución en Rusia

Hace muchos años que el pueblo ruso, sometido al más feroz despotismo, desea conquistar su libertad. En la Universidad, en los talleres, en los campos y hasta en los cuarteles, venía siendo muy activa la propaganda revolucionaria y muy frecuentes las luchas con la policía, causando muchas víctimas de una y otra parte. Los revolucionarios asesinados en las cárceles ó llevados á morir á la Siberia, son incontables; en cambio menudeaban también los atentados contra los gobernantes que se distinguían por su crueldad.

Es indudable que los desastres de la guerra, al poner de manifiesto la repugnante inmoralidad de la alta administración rusa, han contribuido á precipitar los acontecimientos. Por fin, el pueblo ruso se ha determinado á realizar un supremo esfuerzo para romper las pesadas cadenas del absolutismo imperial.

Faltos de noticias más extensas, porque nuestros vapores correos solo viajan con buen tiempo, vamos á copiar los más interesantes telegramas publicados por la prensa diaria de esta ciudad:

«—Noticias recibidas de San Petersburgo dicen que el movimiento obrero revolucionario es gravísimo y avanza por momentos de un modo imponente. Continuamente ocurren numerosas y sangrientas colisiones entre la tropa y el pueblo.

—San Petersburgo.—La multitud armada ha atacado furiosamente el palacio del Czar siendo rechazada por la tropa que le ha causado innumerables bajas.

—San Petersburgo.—Cuatro mil obreros fuertemente armados se han apoderado de una fábrica de dinamita que existe en las afueras de la capital. En actitud amenazadora se dirigen hacia la ciudad.

—San Petersburgo.—La revolución crece de una manera alarmante. La artillería barre las calles y destroza las barricadas construídas por el pueblo. La multitud ha apedreado el palacio de la Emperatriz madre.

—San Petersburgo.—Corre el rumor de que el gran duque Sergio ha perecido víctima de un atentado. Se añade que la familia imperial en vista de la gravedad de los sucesos abandonará la capital marchando á Livonia.

—San Petersburgo.—Los huelguistas han saqueado las tiendas destruyéndolas, llevándose cuanto encontraron. Se teme que en su furor incendien la ciudad.

—En la puerta de Varsovia arden algunos edificios temiéndose se propague el fuego por toda la población.

—San Petersburgo.—A consecuencia de los graves sucesos acaecidos, anoche faltó el gas y la electricidad permaneciendo á oscuras la capital, lo que favoreció grandemente á los revolucionarios.

—San Petersburgo.—Recíbense despachos de distintos puntos anunciando que han ocurrido graves levantamientos en muchas ciudades. Témesese que el movimiento revolucionario se generalice en toda la Rusia.

—San Petersburgo.—Continúan los combates en medio de las calles. En muchas de ellas han quedado abandonados montones de cadáveres.

—San Petersburgo.—Un regimiento se ha negado á cumplir la orden recibida del Czar de marchar á Riga para disparar contra el pueblo.

—San Petersburgo.—La revolución de Rusia va haciéndose general, recibiéndose de distintas provincias noticias aterradoras. Son varios los regimientos que se han negado á disparar contra el pueblo, y muchos soldados se han pasado al bando revolucionario.

—San Petersburgo.—Los obreros se han fortificado en algunas casas nuevas, desde las cuales disparan constantemente, causando numerosas víctimas.

—San Petersburgo.—Dícese que el Czar ha consentido en recibir hoy en audiencia á doce delegados del pueblo, los cuales expondrán las aspiraciones de sus súbditos.»

Es imposible prever como acabará ese movimiento revolucionario que se ha emprendido con tanto brío. Confiemos que el pueblo ruso alcanzará su libertad, no contentándose con una ficción parlamentaria, que sería entregar el poder en manos de la clase media, sino haciendo la revolución en provecho propio, como todavía no ha hecho ningún pueblo de Europa.

ECOS Y COMENTARIOS

Próximamente verá la luz pública un folleto titulado *Generación libre*, escrito por Leopoldo Bonafulla para combatir el neomalthusianismo.

Los pedidos deben dirigirse, acompañados de su importe, á la biblioteca de *El Productor*, calle Argüelles, 11, 1.º, 2.ª, Gracia, Barcelona.

Precio del folleto 15 céntimos. El paquete de 30 ejemplares 3 pesetas.

Los párrafos que copiamos en el escrito *Contra la tuberculosis* de nuestro número anterior no eran de *La Lucha de Clases*, como dijimos equivocadamente, sino de *La Aurora Social* de Oviedo.

El número 158 de *La Revista Blanca*, perteneciente al 15 del actual, publica el siguiente sumario.

Luisa Michel, Carlos Malato y varios autores más.—*La necesidad ética del presente*, Pedro Kropotkine.—*La nueva tiranía*, Federico Urales.—*Rodando por el mundo*, Augusto Recio.—*El tolstoísmo en los Estados Unidos*, Lorenzo Casas.—*La locura genial*, Pablo Bjeore.—*El arte en el pueblo*, Angel Cunillera.—*A B C de astronomía*, Federico Stackelberg.—*Responsabilidades*, Juan Grave.—*Libros, revistas, folletos y periódicos*, La Dama Gris, Rosendo del Pinar y Anselmo Lorenzo.

Número suelto, 25 céntimos: suscripción por un trimestre, 1,50 pesetas.

Oficinas: Cristobal Borriu, 1, Madrid.

Constituyen un crédito para la imprenta y casa editorial de D. Luis Tasso, de Barcelona, sus bien acabados cuadernos semanales de 32 páginas y lámina de regalo, que se obtienen por el insignificante costo de 15 céntimos el ejemplar, y en los cuales ven la luz obras de la mayor estima.

Corresponde á esta semana el cuaderno 16 de *Los siete pecados capitales*, uno de los más celebrados libros de Eugenio Sue.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

que se hallan en venta en esta Administración

	Ptas.
Anarquía,—Su definición etimológica, por A. Girard	0'05
¿Por qué somos anarquistas? por S. F. Merlino	0'10
Nuestras ignorancias, por José Prat	0'10
A los trabajadores	0'05
La preparación del Porvenir, por Juan Grave	0'10
Trabajador, no votes. Soldado, no mates, por A. Girault.	0'10
Canciones libertarias	0'15
Patriotismo y Cosmopolitismo, por P. H. Jamin	0'10
¿Dónde está Dios? poema original de M. Rey.	0'10

CORRESPONDENCIA

La Línea, M. T. Recibida libranza de 10 pesetas. Entregaremos 4 á *Germinal*.

El Porvenir del Obrero

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Castillo, 5g.—Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».